



PETRUCCI, A. (2018). *ESCRIBIR CARTAS, UNA HISTORIA MILENARIA*. BUENOS AIRES, ARGENTINA: AMPERSAND. 257 PÁGINAS. ISBN 978-987-4161-08-6. (Original en italiano, 2008, Laterza).

Mariana di Stefano¹

Universidad de Buenos Aires

IIEAC, Universidad Nacional de las Artes

IDAES, Universidad Nacional de San Martín

Argentina

marianadist@gmail.com

La traducción y publicación de *Escribir cartas, una historia milenaria*, por parte de la editorial argentina Ampersand, ha funcionado finalmente como un homenaje póstumo a su autor, el gran paleógrafo e historiador de la escritura italiano, Armando Petrucci, fallecido en 2018.

La traducción de esta obra era una deuda para la cultura de habla hispana, ya que se trata de un texto en el que el autor encara probablemente una de las investigaciones más desafiantes de las que llevó a cabo a lo largo de su vida: escribir la historia de una práctica de al menos cinco mil años, como es la escritura de cartas, que hasta el siglo XXI se ha hecho a mano y cuya presencia atraviesa los espacios sociales más diversos e involucra a hombres y mujeres de las más diferentes culturas, lenguas y niveles socioeconómicos. El texto revela cierta urgencia por relevar, sistematizar y reflexionar sobre esa práctica que, en los inicios del siglo XXI, parece estar entrando en la etapa de su desaparición definitiva.

El resultado es un libro apasionante, tanto para los especialistas en el tema como para quienes deseen introducirse en este, en el que Petrucci demuestra una vez más su sensibilidad humana, su estrategia metódica y su agudeza para interpretar los más diversos vestigios de la cultura escrita.

Desde la Introducción, el autor deja claros sus objetivos, su metodología, sus hipótesis, y con ellos su concepción global sobre las prácticas de escritura. En este sentido, el libro se inscribe en el campo de estudios en cuya constitución él mismo fue un protagonista principal y al que designó como “historia de la cultura escrita” (Petrucci, 2002, p.7).

Como explica en la *Primera lección de paleografía*² esta disciplina debe ocuparse de “la historia de la producción, de las características formales y de los usos sociales de la escritura y de los testimonios escritos en una sociedad determinada” (2002, p.7-8). En cuanto al método, será “indiciario” y apuntará a despejar problemas nucleares que pueden sintetizarse en seis preguntas: ¿qué, cuándo, dónde, cómo, quién y para qué fue escrito un texto? Posicionamiento paleográfico, sociológico e histórico ante la escritura, que articulará con el saber retórico y lingüístico, que abrió un enorme campo de investigaciones ya no sobre el libro o documentos impresos sino sobre ese mar de escritos públicos y privados, elegantes o descuidados, expuestos u ocultos que hacen y revelan la historia de la humanidad.

En este marco conceptual se inscribe *Escribir cartas [...]*, obra en la que Petrucci se propone responder cuatro preguntas fundamentales: ¿quién escribió cartas? ¿A quién estaban dirigidas? ¿Con qué técnicas, materiales e instrumentos fueron realizadas? ¿Por qué, con qué finalidad alguien envía a otro, más o menos distante, un mensaje escrito?

Para responderlas, el autor armó cuidadosamente un corpus en el que prevalecen depósitos epistolares italianos o conservados en instituciones italianas, de los que seleccionó cartas que se conservan en sus originales y que han llegado hasta nuestros días completas (como testimonios de las prácticas materiales de escritura), como también borradores de cartas o transcripciones (para observar el proceso de realización del producto epistolar, su conservación y uso). El corpus está integrado también por textos epistolares consultados en ediciones críticas (como testimonios, confiables o no, que narran fenómenos de producción, envío y uso de las cartas) y la reproducción dibujada, grabada, pintada o esculpida de cartas, aunque con “prudente desconfianza hacia su siempre dudosa credibilidad histórica o documental” (p.14).

A partir, y a pesar, de ese recorte, siempre inevitable, Petrucci logra delinear tendencias de fondo en el desarrollo del género y sus transformaciones e identificar regularidades históricas importantes. Por ejemplo, mientras las preguntas relacionadas con el qué y con el cómo encuentran respuestas muy variadas según los distintos escenarios y períodos históricos, los tipos de razones de esa escritura son “más o menos siempre y en todo lugar, los mismos” (p.13). Entre ellos, identifica la necesidad de comunicar información o de transmitir órdenes desde una situación de cierto aislamiento en la que se encuentra el escritor, por estar fuera de su ambiente por desplazamientos, voluntarios o no, como migraciones, guerras y encarcelamientos. También la urgencia de comunicarse con otros, distantes, por motivos afectivos, expresivos; el deseo de exponer el propio pensamiento; mantener contactos útiles; extender la propia influencia y poder; abrir o consolidar posibilidades de intercambio o pedir un beneficio.

Son estos datos los que le permiten a Petrucci afirmar su hipótesis más novedosa: es la continuidad de las motivaciones la que genera una continuidad y coherencia en la escritura epistolar a lo largo de sus muchos siglos de duración.

A lo largo del libro, que se desarrolla en diez capítulos, el autor irá abordando distintos fragmentos del corpus y problemas teórico-metodológicos diversos, siguiendo un orden cronológico. Hay que destacar que el corpus en su conjunto es en sí mismo uno de los valores del libro, por el significado histórico que encierra: desde cartas griegas del siglo V a.C. hasta el email, es enorme la variedad epistolar abordada por Petrucci. Otro valor, que preserva la edición de Ampersand, es la presencia de quince imágenes que reproducen fragmentos de algunas de las cartas del corpus. Cartas griegas en escritura continua, cartas manuscritas de Francesco Petrarca, de Miguel Ángel Buonarroti, de Ovidio Nasón, de Giacomo Leopardi y de Antonio Gramsci, entre otras, se nos ofrecen a través de fotografías o escaneos, las cuales nos permiten percibir la materialidad de esos escritos, que será objeto de análisis minuciosos a lo largo de la obra.

En ese viaje epistolar cronológico que nos ofrece Petrucci, el Capítulo I está dedicado a la cultura antigua, como lo anuncia su título: “En los orígenes de una tradición: la civilización grecorromana”. Aquí el autor somete a análisis a los más antiguos testimonios de cartas que hoy se conservan: una decena de epístolas griegas escritas con incisiones sobre delgadas láminas de plomo, que se enrollaban, encontradas todas casualmente en excavaciones y atribuidas al período entre el siglo VI y IV a.C. Se trata de todos textos breves que Petrucci interroga como indicios, a partir de lo cual despliega su trabajo interpretativo: ¿qué significa ese soporte, el plomo?, ¿quiénes serían los autores materiales de esa escritura? Para comprender el valor del plomo, lo contrasta con el hábito extendido en Cercano Oriente y en las civilizaciones minoica y micénica que solo usaban la arcilla fresca en el ámbito administrativo y contable. El plomo conduce a establecer una relación con otra tipología de mensajes, de naturaleza mágica, que se enviaban también en rollos de plomo a difuntos o divinidades infernales para que sus deseos fueran cumplidos. Los rollos de plomo se echaban a las tumbas para llegar a sus destinatarios. Pero de este tipo de cartas solo hay testimonios de períodos posteriores. Las cartas que analiza el autor son también pedidos o súplicas, pero hacia personas vivas (“encuentren algo mejor para mí; este hombre me esclaviza y maltrata cada vez más” p.17). Petrucci concluye que el plomo fue también un soporte legítimo para la escritura en esta cultura, a la par de los demás, más allá de las prácticas mágicas paralelas o posteriores.

El autor indaga también en las dificultades de la técnica que implica hacer incisiones sobre el plomo y también en el grado de adecuación gráfica y lingüística de los textos, y concluye que ha habido allí intermediarios, “delegados de escritura” (p.19) para quienes esa tarea era habitual.

Por otro lado, la presencia en Grecia de tablillas de terracota con escritos haciendo pedidos más terrenales (“ven lo más pronto posible”, p. 19) le permiten confirmar la hipótesis del uso extendido de la escritura en ámbitos urbanos en la sociedad griega.

El método indicial en todo su desarrollo: Petrucci interpreta cada elemento de la materialidad de los escritos para hacer inferencias de todo tipo respecto del uso y del valor social de ese texto en su contexto histórico. Para interpretar, pone en escena un enorme saber erudito de tipo histórico, sociológico, retórico, lingüístico, entre otros, que le permite hacer comparaciones, confrontaciones y sacar conclusiones. Este es el método Petrucci, que aplica sistemáticamente a lo largo de toda la obra.

El capítulo analiza también el epistolario de Zenón, nacido en Grecia en el siglo III a. C., quien llegara a ser ministro de finanzas del rey Ptolomeo II Filadelfo. Petrucci analiza el epistolario de Zenón, del que se conservan 2000 fragmentos, sobre todo de personas que le escribieron a él, en especial durante la etapa en que cumplió funciones en Egipto. Entre esas cartas se encuentran muchas escritas por miembros de la alta burguesía griega y autoridades religiosas, pero llamativamente, también, muchas otras escritas por miembros de las capas sociales más bajas, que presentan un aspecto descuidado, imprecisiones y errores ortográficos. A partir de múltiples y minuciosas inferencias, Petrucci concluye que esa escritura extendida en Grecia permitió utilizar el intercambio epistolar para afrontar y resolver muchas cuestiones de la vida cotidiana, además de reforzar vínculos de amistad y de afecto, no solo a los sectores altos, sino también a vastos sectores de semianalfabetos.

De Roma, estudia la correspondencia ciceroniana, de la que infiere que esta ciudad estaba atravesada por una infinidad de cartas y de carteros, producida en los más variados soportes y por miembros de los distintos niveles socioculturales.

El Capítulo II, “La crisis, las crisis”, analiza las características que presenta la escritura de cartas en la Alta Edad Media, entre los siglos VII y XI, particularmente en la etapa carolingia y poscarolingia, de los siglos IX y X. De esta etapa destaca un cambio fundamental respecto de la cultura antigua que es la desaparición de la escritura como práctica extendida y el predominio casi absoluto del clero en el ejercicio de la comunicación escrita. A partir de una multiplicidad de ejemplos, el autor muestra que una de sus consecuencias será la reducción a un único soporte material: el pergamino. Es una etapa en la que además se afirma la cultura epistolar en latín, desaparece el griego como lengua apta para esta práctica y disminuye progresivamente la presencia femenina, cuya comunicación escrita se vuelve ocasional y limitada a ciertos cargos o rangos. Es también la etapa de aparición de la letra minúscula carolina, que será la opción preferida para el uso libresco y religioso. Para Petrucci, en especial a partir del siglo IX, escribir una carta se había convertido en una práctica compleja, que requería el empleo de nuevas tecnologías materiales,

gráficas y lingüísticas difíciles de aprender. Es también el período en que aparece más nítidamente el interés por conservar cartas de un modo ordenado, lo que dio lugar al surgimiento de los primeros epistolarios, sobre todo de intelectuales de la época.

“Europa vuelve a aprender a escribirse” es el título del Capítulo III, destinado a explicar el fenómeno de crecimiento económico europeo entre los siglos XII y XIII que, entre otros efectos produce el surgimiento de un nuevo actor social, el notariado público, cuyas prácticas impactarán en el campo escriturario, y un aumento considerable de la alfabetización, lo que hace -según Petrucci- que Europa “vuelva a escribirse” (p.64) después de siglos de abstinencia, en especial epistolar. A nivel gráfico surgen nuevas formas de cursiva con letras ligadas entre sí, que revelan la necesidad de practicidad y velocidad del trazo. Y a nivel lingüístico, si bien el latín seguía siendo la principal lengua oficial escrita, se habilita el uso de las lenguas vernáculas. La escritura de cartas aparece inscripta en las prácticas comerciales y políticas, y se presenta tendiendo a formas simples y fácilmente comprensibles. Una novedad es la aparición de una tipología epistolar ambigua, que el autor llama “pseudocartas” o “paracartas” (p.64) que están emparentadas con memoranda, notificaciones, relaciones, mandatos, entre otras, que son breves, en lengua vernácula o latín corriente, y que en algunos casos se encuentran sobre papel. El capítulo analiza cartas de la clase mercantil italiana de esta etapa, que compara con la producción en Francia y España.

El Capítulo IV, “La otra lengua. La epístola como discurso”, está destinado al siglo XIV y en gran parte a la figura de Francesco Petrarca. Petrucci narra el descubrimiento de Petrarca de un epistolario de Cicerón, hasta el momento desconocido, y el impacto de este en el estilo epistolar del poeta, y con él en los precursores del humanismo italiano y, en general, en la correspondencia escrita en latín en la Europa ilustrada de los siglos XIV y XV.

Petrucci muestra el afán deliberado de Petrarca de que se conserve su epistolario, a imitación del modelo Cicerón, para lo cual archiva copias y borradores. Sin embargo, solo se conservan once, todas escritas en papel y en grafía altamente cuidada, aunque se sabe que Petrarca cultivó afanosamente la comunicación epistolar, según el autor, como “una emanación directa de su persona y como instrumento de hegemonía cultural” (p.87). Hay una estilización de la carta con Petrarca y una retórica elevada que el autor vincula con la influencia ciceroniana en el poeta y que funcionó como modelo de autoridad retórica durante los siglos posteriores.

El Capítulo aborda también, entre muchos otros casos, cartas de la cancillería apostólica de Inocencio VI (1352-1362) que le permiten a Petrucci inferir no solo el peso del latín como lengua oficial, sino también el complejo proceso de elaboración de las epístolas oficiales, que encerraban al menos cuatro etapas: borrador, revisión, redacción definitiva y producción de original y copia.

Uno de los aportes importantes del capítulo es la caracterización de la epístola humanista como una identidad de la clase intelectual avanzada que dieron pie a tratados, antologías y manuales epistolográficos, de gran peso durante todo el siglo XV.

El Capítulo V, “Escribirse en el mundo moderno”, aborda principalmente el siglo XVI, en el que -afirma Petrucci- nace la carta moderna. Se trata de un siglo en que estalla la comunicación epistolar, debido al incremento de la alfabetización, a la adopción generalizada de las lenguas vulgares, a la movilidad cada vez mayor de las poblaciones y a la participación cada vez más activa de mujeres, incluso de sectores medios y bajos, en la producción escrita.

Petrucci va mostrando algunos de los rasgos salientes de esta cultura epistolar que, a su juicio, van a perdurar hasta el siglo XIX. Entre estos, destaca la afirmación del papel como soporte, la firma de propia mano por parte de soberanos, nobles y funcionarios, la formalización de las cartas oficiales y la consiguiente preparación de personal especializado para su producción, tanto a nivel lingüístico-textual como gráfico; el uso alternado, de manera regulada, del latín y los vulgares por parte de la clase ilustrada y una creciente formalización epistolar general, producto de manuales y tratados. Entre la abundancia de ejemplos abordados, destacamos las cartas del Archivo Mediceo y el epistolario de Michelangelo Buonarroti, además del caso de Pietro Aretino, quien, por primera vez, en 1538, hizo imprimir el primer libro de sus cartas en vulgar (llegó a publicar cinco libros de cartas), por lo que es conocido como el creador de la carta moderna. De la vasta ejemplificación, Petrucci identifica la existencia por entonces de dos sistemas de producción escrita de cartas: la profesionalizada, cerrada, pública, y la realizada por el hombre común, privada, abierta, de la que también participan mujeres y hombres semianalfabetos.

“Del énfasis de la epístola barroca a la sobriedad de la carta burguesa (1583-1789)” es el título del Capítulo VI, en el que analiza en primer lugar la obra de Salvatore Gagliardelli, publicada en 1583, que contenía 236 ejemplos de fórmulas de escritura y trazos ornamentales para las cartas que tuvo un impacto importante en Europa y que consagró un estilo manierista en la producción gráfica epistolar. La obra apuntaba a regular el aspecto exterior de las cartas, su estética, en correspondencia, según Petrucci, con el auge de “la cultura de las apariencias” (p.128) de la época.

Sin embargo, el autor, reniega de las caracterizaciones únicas para describir un período histórico, y busca en cambio la heterogeneidad de las formas que supone derivan de la heterogeneidad social. Así destaca la presencia en paralelo de formas propias de la escritura “popular” (p.134) desarrolladas por las clases subalternas urbanas y por mujeres que ejercieron un distanciamiento del orden epistolar tradicional, tanto en cuanto al lenguaje, a las fórmulas textuales, a la puesta en página y a la letra usada, para lo cual analiza diversos casos de correspondencia intrafamiliares.

Petrucci concluye el capítulo analizando el párrafo de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, de la Asamblea Nacional francesa del 26 de agosto de 1789, que proclama la libertad de comunicación de pensamientos y opiniones como un derecho del hombre, al afirmar que “todo ciudadano puede hablar, escribir y publicar libremente” (p.143). Para el autor, este contexto político y filosófico de la cultura ilustrada incrementa el intercambio epistolar, ante el deseo de aprender, de confrontar ideas e influir en los otros, que hace que, a fines del siglo XVIII, el uso de la carta fuera un hábito social habitual, también para las clases medias bajas.

El Capítulo VII, “La revolución contemporánea”, se centra en el siglo XIX, en el que una serie de innovaciones materiales produce cambios importantes en las cartas respecto del pasado. Entre estas, la invención del sobre, de las estampillas, del papel carta fino, de las tintas de color, de la pluma de acero y la adopción de la sangría, que tendrán vigencia, incluso, durante todo el siglo XX. También en este caso, más allá de las inferencias puntuales que Petrucci realiza a partir de innumerables ejemplos específicos, el autor busca las relaciones entre las prácticas de escritura que está estudiando y las condiciones políticas y económicas en que estas se desarrollan, y el modo en que aquellas resultan funcionales a estas. En este sentido, una de las aseveraciones centrales del capítulo señala que la correspondencia escrita, entre la Revolución Francesa y la Primera Guerra Mundial pasa a ser un instrumento para la evolución económica e intelectual de amplios estratos de cada país, que, entre otras cosas, obligó a los Estados a crear un servicio postal público extendido de manera de cubrir el planeta entero. El autor identifica una resolución visual más racional que en el pasado en las cartas de esta etapa, para lo cual revisa desde las epístolas de Lady Hamilton hasta las de Lord Byron y de Alberto, el duque de Sajonia. Entre los casos italianos, destacamos los análisis del epistolario de la familia de Giacomo Leopardi, que revelan un apego al canon moderno de escritura.

El Capítulo 8, “Die Welt von Gestern (El mundo de ayer)”, analiza los cambios del siglo XX, marcados por la máxima difusión sociocultural de la carta y a su vez por la adopción de nuevas formas y finalidades. Petrucci destaca, entre las funciones de la escritura epistolar en este siglo bélico y sangriento, la de “escribirse” con los afectos, para sostener vínculos, intereses y relaciones sentimentales muchas veces destruidas por los acontecimientos históricos, en un contexto de enormes movimientos migratorios por razones políticas y económicas. Pero, lo que designa “la carta burguesa” es para el autor lo que predomina en este siglo, como una especie de lenguaje escrito común para las clases dirigentes occidentales, en la lengua que fuese. Esta implicaba un riguroso respeto por las reglas formales y un alto grado de alfabetización y de corrección formal a nivel gráfico.

Sin embargo, este siglo ha dado también otro tipo de cartas que Petrucci denomina “testimonios de sí” (p.175), de propósito autobiográfico, y cuya aparición relaciona con la creciente conciencia de la muerte en esta etapa. Se trata de cartas que buscan

exorcizar la angustia por la desaparición física inevitable, que suelen tener una extensión desmesurada en la que predomina el lamento, que fueron practicadas por muchos escritores, por lo que llegan a constituirse casi en géneros literarios. Petrucci ejemplifica con los casos de Leopardi nuevamente y con el epistolario entre Thomas Mann y Marcel Proust.

El autor propone además otro tipo de clasificación para dar cuenta de la abundante producción epistolar del siglo XX: la que sostiene una relación desigual, en la que uno de los que escribe tiene algún tipo de desigualdad o dependencia respecto del otro; y la que se sostiene entre iguales, a partir de lo cual aborda epistolarios de Benedetto Croce y Cesare Pavese, entre otros.

Petrucci destaca que la máquina de escribir y el bolígrafo son las grandes innovaciones técnicas del período que, en la escritura epistolar, en los sectores más elevados, impactaron de un modo particular ya que se consolidó como gesto de cortesía el rechazo a la carta dactilográfica y la preferencia por la escrita a mano, con sofisticados bolígrafos, en las relaciones cercanas, como signo de afecto, amistad o amor.

El siglo XX sigue siendo el objeto de análisis del Capítulo IX, "Crisis, sufrimientos, miedos", en el que Petrucci analiza nuevos ejemplos de la escritura epistolar asociada a la necesidad de intercambio, confesión de sentimientos, búsqueda de sostén y solidaridad y confirmación de la propia identidad, en un siglo "trágico" (p.189). Algunas cartas de Walter Benjamin y de Sigmund Freud son analizadas, como también el epistolario de Pier Paolo Pasolini. Ningún fenómeno escapa a la voluntad caracterizadora de Petrucci respecto de la cultura escrita, lo que lo conduce a identificar también en este siglo otra tipología epistolar: las cartas inscriptas en la práctica política y destinada en muchos casos a analizar crisis diversas. El autor se inclina por la crisis del compromiso político y del marxismo, y encuentra como rasgos de esos epistolarios que las cartas se copiaban para enviar también a otros correspondientes en común, además de que se intercambiaban dentro de una espacialidad de un radio reducido (hay casos de correspondencia dentro de la misma casa). Junto con las cartas "de la crisis", Petrucci se interesa también por las cartas políticas pero del "hacer" y del "resistir" (p.195), entre las cuales se detiene, entre otras, ante las de Antonio Gramsci, a las que considera "cartas extraordinarias", por la situación carcelaria en la que fueron escritas. En esta tipología ubica también las cartas de Aldo Moro, con cuyo análisis concluye este capítulo.

Finalmente, el Capítulo X, "Tod und Verklärung (muerte y transfiguración)", está destinado al siglo XXI y al impacto de las nuevas tecnologías sobre la escritura epistolar. Internet, los emails, la presencia de hackers, los SMS, son analizados ya sea en sus aspectos gráficos y estilísticos, ya sea en cuanto a su perdurabilidad o consecuencias. La indagación exhaustiva de Petrucci destaca la inscripción de estas nuevas formas en

la larga tradición de la que provienen, además de la coexistencia junto con estas de la escritura de cartas manuscritas tanto en la comunicación intrafamiliar como en casos de marginalidad sociocultural.

A modo de conclusión, el autor señala por último la obstinada vitalidad de la correspondencia tradicional en fenómenos de escritura manual que se perpetúan, y de las que el regreso de la novela epistolar sería uno de sus signos en la actualidad.

El libro se cierra con las referencias de la bibliografía citada y con extensas recomendaciones bibliográficas para quienes quieran profundizar los temas abordados en cada capítulo.

Nada le es indiferente a Petrucci, quien logra en este libro una obra monumental, por el modo sistemático en que recorta y analiza el inmenso corpus que aborda y por los saberes múltiples que debe articular para interpretarlo y encontrar un orden en esa maraña de escritos que constituyen las cartas a lo largo de la historia humana.

¹ Mariana di Stefano es Doctora en Letras (Área Lingüística) por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se especializa en el estudio de la cultura escrita, desde una perspectiva glotopolítica y desde el análisis del discurso. Tiene a su cargo cátedras en la Universidad de Buenos Aires (UBA), en la Universidad Nacional de las Artes (UNA) y en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), en las que es también profesora de posgrado. Ha publicado numerosos artículos sobre prácticas de lectura y escritura de diversos momentos históricos y espacios sociales de la Argentina.

² Subtítulo de su obra *La ciencia de la escritura* (2002).

Recepción: 06-06-2019

Aceptación: 22-08-2019